

El Comercio

EDITORIAL

¡Hasta dónde puede llegar el otoronguismo!

A pesar de ciertas señales de reivindicación que se dieron en las últimas semanas con la nueva junta directiva, finalmente los congresistas han demostrado que, antes que el interés nacional, lo que más les importa es conservar sus gollerías y jalar agua para sus molinos partidarios.

Así, no solo se ha salvado del desafuero a la parlamentaria Margarita Sucari, sin sopesar la gravedad de las evidencias, sino que casi se frustra la votación para poner a disposición del Poder Judicial a José Anaya. Y, en el mismo día, como si eso fuera poco, se procedió a desempolvar el reglamento para seguir sacándole la vuelta al país en el asunto de los gastos operativos, en una contramarcha escandalosa y vergonzosa.

Ahora han acordado que rendirán cuentas solo por el 30% de sus gastos operativos y no por el 90%, como se había acordado en la legislatura que presidió Mercedes Cabanillas.

El otoronguismo se resiste, pues, a morir. En el fondo, los congresistas no quieren entender que no trata de una cuestión de más o menos porcentaje, sino de una actitud de básica decencia y transparencia, acorde con la delegación de poder y con la confianza que

les han dado los electores, ante los que deben rendir cuentas de sus actos y del uso que dan a los recursos de los contribuyentes.

Mal de muchos no puede ser consuelo de tontos ni de vivos. Argumentar que el resto de la administración pública solo rinde cuentas por el 10% de los gastos operativos es una defensa tan absurda como pobre e indigna. En lugar de escudarse en esa norma irregular, lo que debieran hacer es promover su modificación, pues el ordenamiento constitucional demanda transparencia y responsabilidad en el uso de los fondos públicos y debe regir sin excepción para todos los funcionarios públicos.

En tanto, mientras se avanza en eso, como señalan los expertos, tiene que buscarse salidas lógicas y prontas al escándalo de los gastos operativos, ya sea eliminándolos, agregando parte de ellos al sueldo y tributar por todo ello, o encargando a la administración del Congreso su organización y manejo diario. El presidente del Parlamento, Luis Velásquez Quesquén, tiene que evaluar e insistir en estas iniciativas para evitar que este poder del Estado siga hundiéndose más en el desprestigio y arrastrando con ello la gobernabilidad y la institucionalidad democrática. ■■

Para revalorar la bicicleta y sus respectivas ciclovías

En un país como el nuestro, con un transporte caótico y cada vez más contaminante, deberíamos revalorar más la bicicleta, no solo como un vehículo útil de transporte, sino también como un eventual sustituto de las unidades motorizadas para ahorrar combustible.

Evidentemente, esto implica varias cosas. En primer lugar, construir ciclovías—por donde puedan transitar las bicicletas sin riesgos para los ciclistas—, de manera planificada e interconectada.

Esto no sucede hoy. En Lima, las pocas ciclovías existentes fueron construidas por los concejos distritales sin mayor criterio planificador y como meros aditamentos, ornamentos o espacios recreativos, muchas veces sin sardineles ni carteles señalizadores. Es decir, no las han priorizado como vías interconectadas que beneficien principalmente a los pobladores.

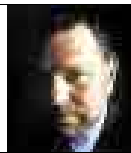
Es importante por ello que el Congreso haya aprobado un proyecto que obliga a las municipalidades a invertir en la construcción de las ciclovías. No obstante, además de los presupuestos lo que tiene que ampliarse es la visión que existe de la ciudad, de sus vías y de sus recursos. ■■

LOS CANDIDATOS ESTADOUNIDENSES Y SUS BUENAS INTENCIONES

¿Cambiará el mundo?

Jorge G. Castañeda

Ex canciller mexicano



Jorge G. Castañeda es profesor de estudios latinoamericanos en la Universidad de Nueva York. Glosado del original © 2008 Jorge G. Castañeda. Distribuido por The New York Times Syndicate.

Exclusivo para El Comercio en el Perú

Ahora que todos saben quiénes son los candidatos oficiales para presidente y vicepresidente de Estados Unidos, es esencial comprender cómo esta noticia afecta al resto del mundo.

Estos candidatos son históricos y poderosos actores en el escenario mundial. Por vez primera los estadounidenses pueden elegir a un afroamericano para la presidencia, o a una mujer para la vicepresidencia, una que, a sus 44 años de edad, posiblemente puede estar separada por solo un latido de corazón de tomar las riendas de la oficina presidencial de las manos de un presidente de 72 años de edad.

Cualquiera de las dos opciones haría historia. Pero las implicaciones de las dos para la política exterior estadounidense y para el mundo son muy diferentes.

Cómo podría esperarse, ambos candidatos se desplazarán hacia el centro en lo referente a asuntos exteriores. En lo referente a Iraq, ya lo han hecho.

El candidato republicano, senador John McCain, está utilizando el supuesto éxito del brusco aumento de las tropas estadounidenses en Iraq así como el descenso en la violencia en muchas provincias de ese país para empezar a pensar en la posibilidad de retirar efectivos. El presidente George W. Bush está satisfaciendo los deseos y necesidades electorales de McCain me-

diante el anuncio de reducciones de tropas desde ahora.

El candidato demócrata, senador Barack Obama, también se ha movido hacia el centro, para proceder lenta y cautelosamente y salir del lío que Bush ha creado: Se ha inclinado cada vez más hacia una retirada gradual de Iraq, dejando algunas tropas allí para proteger la presencia estadounidense.

Las posiciones de los dos candidatos aún difieren, pero mucho menos que antes; para cuando llegue la fecha de las elecciones, lo más probable es que la distancia será todavía más corta.

Lo mismo es cierto en lo concerniente a Irán, Corea del Norte, el conflicto Rusia-Georgia-Osetia y otros lugares con problemas para Estados Unidos en el planeta. Perciben ya en el horizonte asuntos potencialmente complicados: la transición en Cuba, el papel de Hugo Chávez y Venezuela en América Latina, y los asuntos llamados 'intermésticos', como la inmigración, en cuanto a lo cual en gran parte ya están de acuerdo los dos candidatos.

Las razones para la probable convergencia de los dos oponentes son claras. Como en el caso de Iraq, el desplazamiento hacia el centro en muchos asuntos probablemente es una buena política.

Así pues, ¿le da igual al resto del mundo quién sea el que gane? ¿Realmente hay alguna diferencia si Obama o McCain es el próximo ocupante de la Casa Blanca?

Por supuesto que esos factores importan por dos razones.

En primer lugar, hemos visto 8 años de la declinación de EE.UU. en popularidad en todo el mundo, causada en gran parte por las políticas de la administración Bush, y en parte por las complejidades intrínsecas de ser la única superpotencia en lo que ahora es un mundo unipolar. Cambiar la imagen de

EE.UU. en el extranjero es una condición necesaria y quizá incluso suficiente, para transformar este estado de cosas.

Independientemente de lo carente de experiencia y ocasionalmente falto de principios que Obama parezca ser, lograr que el sueño americano se torne verdad tendría un efecto sin paralelo en todo el mundo, y particularmente en aquellas regiones en las que la gente se identificaría con él no por cuestionables motivos ideológicos, sino por el color de su piel. Lo hemos dicho antes: en América Latina, Obama sería como otro John F. Kennedy, quien fue reverenciado en la región, no por sus políticas sino porque era católico.

La segunda razón es mucho más pragmática y realista. El antagonismo que Washington y Bush han generado por la guerra en Iraq, la ausencia de ratificación del Protocolo de Kioto sobre cambio climático, el campo de prisioneros de Guantánamo y las torturas que se llevaron a cabo en Abu Ghraib en Iraq ha hecho que resulte exorbitantemente costoso y difícil que los gobiernos que desean llevarse bien con Estados Unidos puedan hacerlo.

El primer ministro británico Tony Blair pagó el precio más alto, quizá, pero también lo hizo el presidente de Pakistán Pervez Musharraf, el presidente de México Vicente Fox, el primer ministro de España José María Aznar y muchos otros. Algunos se opusieron a Bush en cuanto a la guerra en Iraq (como Fox), otros apoyaron sus políticas, pero todos sufrieron las consecuencias. Y otro tanto ocurrió con los gobiernos que se dieron cuenta de que la opinión pública interna—que al final del día es el componente más importante de cualquier política exterior—simplemente no les permitiría ser amigos con Washington, o serlo solo pagando un precio muy elevado.

La elección de Obama cambiaría, muy probablemente, esta dinámica. No todo el mundo necesariamente estaría de acuerdo con sus políticas; ya hemos dicho antes que no serían muy diferentes de las de McCain, e incluso si lo fueran, esas políticas irremediabilmente reflejarían los intereses de Estados Unidos, que rara vez están en consonancia con los de otras naciones.

Pero la popularidad de Obama en el extranjero—en Alemania y Sudáfrica, en India y Brasil, en México e Indonesia—haría infinitamente más fácil para los gobiernos de esas naciones negociar con Washington y llegar a acuerdos en una miríada de asuntos de nuestro tiempo. En consecuencia, facilitaría los esfuerzos de cualquier ministro de Relaciones Exteriores, e incluso permitiría a los líderes de sociedades profundamente resentidas, disfrutar de una luna de miel en sus tratos con Estados Unidos que no han tenido en años.

Esa es una razón suficientemente buena para creer que los estadounidenses deberían contar sus bendiciones y dar gracias porque aún tienen una elección entre dos excelentes candidatos para el cargo.

Pero si el resto del mundo pudiera votar, votaría por Obama. ■■

HUMOR PROFANO

Por Molina



rincón del autor

Hugo Guerra



El capitalismo no ha muerto

Aterrado lector, para intentar salir de la gran crisis financiera internacional hoy la humanidad debe pagar las consecuencias de la complicidad entre un puñado de especuladores y una élite de incompetentes reguladores del mercado, que han abierto solo en EE.UU. un forado no menor a los mil cien billones de dólares, provocando efectos planetarios de dimensiones aún imprevisas.

Frente a este descalabro se multiplican las voces de quienes claman que el capitalismo ha muerto. ¿Pero es eso cierto?

El padre del sistema, Adam Smith, ya advertía en el siglo XVIII que la esencia del capitalismo no está en el simple mercado sino en que "Todo hombre, con tal de que no viole las leyes de la justicia, debe quedar perfectamente libre para abrazar el medio de vida que mejor le parezca para buscar su modo de vivir y sus intereses; y para que puedan salir sus producciones a competir con las de cualquier individuo de la naturaleza humana".

Ese principio no se ha invalidado, como tampoco las obligaciones imprescriptibles del Estado respecto a proteger la soberanía nacional; administrar la justicia entre ciudadanos; y atender necesidades básicas comunes. No hay, además, razón para considerar perdida la vigencia de la

propiedad privada de los medios de producción, los mecanismos del mercado y de los precios como medios de coordinación, y la maximización de los beneficios y de la utilidad.

El verdadero problema es la especulación, la búsqueda de beneficios desmesurados en el aprovechamiento de las fluctuaciones de los precios, sin comprometerse con la gestión de los bienes, servicios e interés de las personas. El delito es, así, de quienes olvidan

“ El verdadero problema es la búsqueda de beneficios desmesurados en las fluctuaciones de los precios, sin comprometerse con el interés de las personas ”

la advertencia kantiana respecto a que la búsqueda de la riqueza tiene límites, porque "solo las cosas tienen precio, las personas no porque tienen dignidad"; los seres humanos son fines, no medios o instrumentos al servicio de otros hombres.

La inmoralidad de la maximi-

zación de las ganancias a cualquier costo y la conversión de este impulso en fuerza motora de la economía es una forma de especulación salvaje que debe combatirse; pero no con la búsqueda de modelos obsoletos como el socialista negador de la libertad individual, sino a través de antidotos específicos: restablecimiento cultural de los principios solidarios; enraizamiento de economías sociales de mercado; reforzamiento del rol contralor y regulado del Estado, la sociedad civil y los medios de comunicación; promoción de la pequeña empresa y de formas asociativas comunales generadoras de empleo; defensa de los derechos de la persona concreta (no solo del "consumidor"); exigencia a las empresas para que legitimen su acción productiva y transparenten sus finanzas; desaliento de la publicidad del hiperconsumismo; y sanción para quienes corrompen especulativamente el mercado.

El gran filósofo contemporáneo Jürgen Habermas, advierte que debe restablecerse una relación equitativa entre mercado, capital y consumidor porque si entre ellos no existen comportamientos éticos y respetuosos, la propia libertad humana estará en peligro. Nivel de riesgo al que nos han llevado los cuervos que manipularon impunemente desde las hipotecas hasta la bolsa estadounidense. ■■

EL HABLA CULTA

Por Martha Hildebrandt

PASEANDERO. En el Perú, y en otros países de Suramérica, *paseandero* es quien tiene el gusto y la costumbre de *pasear* (o *pasearse*). En la lengua general, sin embargo, este concepto se expresa con el derivado *paseador*, de poco o ningún uso en el Perú y aplicado, en todo caso, a quien lleva de paseo a otro—persona o animal—por decisión propia o por encargo. *Paseandero* es una obvia formación sobre el gerundio *paseando*, así como *curandero* sobre *curando*, *rezandero* sobre *rezando*, etc.

